
Juan Manuel Vera

¿Quién se perdió en la *guerra fría*?

El paso del tiempo nos va alejando de la época de la *guerra fría*, que marcó la segunda mitad del siglo veinte. Para las nuevas generaciones puede parecer como un capítulo más de los libros de Historia. Y, sin embargo, pienso que algunos de los mecanismos de esos tiempos se han insertado, incluso inconscientemente, en la visión de parte de la izquierda política, adquiriendo así una forma latente de vida que, sin resultar patente en todo momento, adquiere una presencia peligrosa.

La *guerra fría* no culminó la peor de sus amenazas, que hubiese sido la de convertirse en un conflicto militar abierto entre el bloque soviético y la alianza occidental, con la certeza de que las armas nucleares hubiesen sido utilizadas como recurso fundamental de los bandos en lucha. El miedo a la guerra nuclear, hoy algo olvidado, fue, durante décadas, una pesadilla viva y auténtica.

Hay otros aspectos a tomar en consideración.

Conviene recordar que el final de la segunda guerra mundial supuso la desaparición de los regímenes fascistas beligerantes en ella y una alteración radical del orden mundial. La Unión Soviética, dominada por el totalitarismo de Stalin, fue una de las vencedoras del conflicto, obteniendo además de la victoria militar, que suponía la consolidación del régimen, el control de la Europa Oriental donde entre los años 1946-1949 se establecieron las llamadas *democracias populares*, dictaduras de los partidos comunistas con el paraguas del ejército soviético.

Aunque ese reparto de zonas de influencia formaba parte de los acuerdos de posguerra firmados por los aliados en Yalta y Postdam, pronto se hizo evidente que el equilibrio entre los bloques nacidos de la victoria de 1945 era inestable. La tensión se manifestó muy pronto, primero con el acceso soviético a la bomba nuclear, con el acceso al poder del Partido Comunista Chino en 1949 y con el inicio de la guerra de Corea en 1950.

Por otra parte, fue el momento del máximo prestigio de los partidos comunistas, que, en Europa Occidental, habían sido parte importante de la resistencia al nazismo y que, en el mundo colonizado, eran muy influyentes en los movimientos que estaban desencadenando la independencia de los territorios sometidos a los imperialismos hegemónicos del siglo diecinueve, el británico y el francés.

La *guerra fría* se estableció como un combate estratégico entre potencias. Pero, además, era un enfrentamiento entre dos modelos políticos contrapuestos. La URSS y sus países satélites eran dictaduras absolutas de partido, sin reconocimiento de las libertades de expresión, reunión, manifestación, asociación y elección. La estatalización de la economía de los regímenes soviéticos dio lugar a un capitalismo estatal donde la burocracia del partido comunista controlaba y decidía sobre el uso de los recursos económicos sustituyendo mecanismos de mercado por la planificación centralizada. Era el *totalitarismo soviético*. En cambio, Estados Unidos y los países europeos eran *democracias liberales*, donde el dominio de las oligarquías económicas se compatibilizaba con el reconocimiento de las libertades y derechos que eran negadas en el bloque soviético.

Resultaba claro que el enfrentamiento estratégico era, también, una confrontación de modelos políticos y sociales. Nadie podía dudar de que un triunfo del bloque soviético hubiese significado el establecimiento de un dominio de corte totalitario a nivel mundial. Cada triunfo del bloque soviético significaba la configuración de regímenes sociales y políticos a su imagen y semejanza.

Y la izquierda, ¿qué papel jugaba?

La izquierda política contemporánea se había construido desde mediados del siglo XIX alrededor de un movimiento social que defendía los derechos sociales y las libertades públicas. ¿Cuál podía ser la actitud de la izquierda ante un conflicto de esa naturaleza? ¿Debía ser neutral si es que era

posible esa neutralidad? ¿O debía comprometerse con el bando más próximo o menos alejado de sus principios? Este dilema dividió profundamente a lo que se denominaba izquierda en el mundo occidental.

Por supuesto los partidos comunistas, vinculados por lazos organizativos, ideológicos y financieros al bloque soviético, no tuvieron duda de que su lugar se situaba frente al *imperialismo americano* y en solidaridad con el *bloque socialista*. En el resto de la izquierda, la situación fue revelándose a lo largo de los años cada vez más compleja. Sólo después de la invasión de Checoslovaquia en 1968 y con la aparición del eurocomunismo esos lazos parecieron aflojarse, aunque subsistían.

La mayor parte de la socialdemocracia se comprometió con el bloque occidental asumiendo no sólo los valores anti-totalitarios sino, simultáneamente, el discurso capitalista de la libertad de empresa, distanciándose de los valores tradicionales del movimiento socialista. Pero en la socialdemocracia también estuvo presente un ala *izquierda*, bastante ambigua, donde la defensa de valores más tradicionales del socialismo se combinaba con la apertura a la colaboración con los comunistas y con la aspiración al neutralismo en política internacional.

En las divisiones del trotskismo, la posición ante el bloque soviético y la guerra fría tuvo también una importancia central. La mayoría del trotskismo se alineó con la idea de que, a pesar de las críticas al estalinismo, el bloque soviético representa algo sustantivamente mejor que el bloque occidental, ya que, a pesar de la degeneración de la revolución por el triunfo del régimen estalinista, seguía siendo una forma de *estado obrero* y que, en última instancia, la defensa del *estado obrero*, exigía la defensa de la URSS. Incluso, esa mayoría del trotskismo, construyó la curiosa teoría de que, en Europa Oriental, donde no había habido revoluciones, se habían establecido *estados obreros burocráticamente defor-*

mados desde su origen. Sin embargo, ese apoyo *crítico* a la URSS, que se fue extendiendo a otros regímenes comunistas, como la Yugoslavia de Tito, la China de Mao, Corea del Norte, Vietnam o Cuba, nunca fue pacífico, y está en la raíz de las crisis del trotskismo y, especialmente, de las rupturas y abandonos que se iría produciendo en su seno.

Este complejo panorama de la izquierda, con numerosos giros y recomposiciones a lo largo de las décadas, explica en parte las reacciones que tuvieron lugar cuando en 1989 se produce la caída del Muro de Berlín y la posterior desaparición de la Unión Soviética. Una parte significativa de la izquierda occidental lo vivió como una derrota, lo cual fue evidente en el ámbito de los partidos comunistas, pero también se manifestó en sectores de la izquierda socialdemócrata y de las organizaciones trotskistas.

Esa sensación de derrota, de triunfo del capitalismo, resulta especialmente paradójica, cuando resulta difícil rescatar de la práctica y de las ideas del llamado *socialismo real* algo que tenga que ver con los ideales de defensa de la libertad y la igualdad política y social. Me parece que esa sensación, acompañada de la nostalgia melancólica de esa época, oculta otra sombra mucho más peligrosa, la herencia del autoritarismo y del carácter dictatorial de la *construcción del socialismo*.

Parece que los gérmenes no combatidos del estalinismo siguen envenenando a la izquierda política de estos tiempos. Ante la incapacidad de una elaboración constructiva, se han asentado algunos esquemas de la época de la *guerra fría*. En la visión *estratégica* prima la idea del *antiamericanismo*, de tal manera que lo que se opone a EEUU tendría *per se* algo positivo. Así, una parte de la gente de izquierda no ha sido capaz de orientarse políticamente de forma ética en los principales conflictos de las últimas décadas, ya sean los conflictos de la antigua Yugoslavia ante los crímenes de Milosevic, la guerra siria, o la necesidad

del apoyo a los movimientos democráticos como los de la revolución árabe, o en 2019 el de Hong Kong.

Otro de los esquemas que persisten en una parte de la izquierda tienen que ver con la hipocresía. Así, hay personas que defienden aquí los derechos sociales y las libertades, incluso activistas contra las medidas reaccionarias del neoliberalismo, que, sin embargo, defienden la dictadura cubana o al régimen político chino.

Otra muestra curiosa de hipocresía es la de quienes lamentan la desaparición del bloque soviético porque su existencia habría favorecido la construcción del *estado del bienestar* en Europa, ya que el miedo al comunismo había hecho posibles las concesiones sociales, y su desaparición habría dado alas al neoliberalismo. Esta curiosa apología indirecta (y última del estalinismo) es terriblemente curiosa, ya que sostiene que la existencia de las dictaduras totalitarias habría tenido ese efecto positivo ya que su brutalidad habría favorecido el consenso social entre la clase dominante que temería al comunismo, y las clases subalternas que aspiraban a mejorar sus condiciones de vida y sus derechos, y que no querían un régimen brutal como el soviético. De la población sometida a los regímenes totalitarios, ni una palabra.

Por otra parte, la perspectiva es necesaria. La *guerra fría* no tenía un vencedor predeterminado. Hasta finales de la década de los setenta la ventaja estratégica parecía en manos de los soviéticos, ya que en el tablero mundial las fichas parecían caer irreversiblemente de su lado, aunque el fracaso de la invasión soviética de Afganistán y el movimiento sindical polaco debilitaron esa percepción.

Sin embargo, la partida fundamental no se jugaba fuera, sino dentro de las fronteras de la URSS. El régimen burocrático completamente anquilosado sólo tenía un sector aparentemente dinámico, el del complejo militar-industrial-estratégico, cuya vitalidad se alimentaba de la precarización del resto de los sectores económicos y de la no atención

de las necesidades de la población. El accidente de Chernobyl, como refleja muy certeramente la reciente serie de HBO, reveló a la propia burocracia la podredumbre del régimen y la necesidad de la reforma que, tras el fracaso de los movimientos democráticos, ha conducido en Rusia al actual régimen oligárquico de Putin.

Los movimientos sociales tenían muy difícil sustraerse al marco del tablero de la *guerra fría*. Lo intentó la revolución húngara de 1956 pero fue masacrada por los rusos. Lo intentó el movimiento francés de mayo de 1968 pero fue desvirtuado por quienes aparecieron como sus herederos.

El curso de la *guerra fría* reflejó la complejidad de una situación en la cual las fuerzas independientes de la sociedad tenían mucha dificultad para expresarse y encontrar un lugar social. Pongamos algunos ejemplos más.

El bloque occidental se articuló ideológicamente como la oposición al totalitarismo, no sólo al comunista sino también al fascista. Sin embargo, el enfoque estratégico del Departamento de Estado USA le llevó a apoyar dictaduras militares de derecha en diversos lugares del mundo, especialmente en Latinoamérica, con el pretexto de la lucha contra el comunismo y en defensa de los intereses mercantiles de empresas norteamericanas. La reciente novela de Mario Vargas Llosa, *Tiempos recios*, ha contado magistralmente uno de esos episodios, el que condujo al derrocamiento del presidente Arbenz en Guatemala en 1954.

Pero nada revela mejor la complejidad de la situación de esa época que cuestiones como la guerra de Vietnam que desencadenó un gran movimiento contra la guerra en Estados Unidos, en Europa y en muchos lugares del mundo. Ese movimiento contra la guerra, que sólo podemos ver con simpatía desde la distancia, nos revela sus grandes contradicciones. En gran medida, el movimiento contra la guerra fue también un movimiento a favor de la victoria del régimen vietnamita, que era una dictadura brutal de corte estalinista. ¿Era necesario

para estar contra la guerra apoyar a ese bando? De esa manera, y consecuencia de ese apoyo, la izquierda pacifista calló frente a las consecuencias brutales para la población que tuvo el triunfo comunista en Indochina, en el sur de Vietnam, Laos, incluyendo el genocidio camboyano.

Y ese silencio es el mismo que una parte importante de la izquierda mantuvo frente a la falta de libertades en el bloque soviético, el despotismo político de sus regímenes, el Gulag o los crímenes de masas cometidos por el maoísmo.

Era compatible en la conformación mental de la izquierda estar muy sensibilizado con el *macartismo*, que fue un episodio lamentable de restricción de libertades, durante los años cincuenta, en Estados Unidos, que supuso algunas detenciones y los despidos de un cierto número de personas de sus trabajos a causa de sus ideas; y callar sobre los millones de víctimas del estalinismo y el maoísmo. Incluso, ahora, en perspectiva, visto ya como memoria histórica, parece que la persistencia de la memoria antifascista sigue significando para muchos silenciar los atroces crímenes de los regímenes estalinistas.

En las décadas de la *guerra fría* se perdieron muchas cosas. Parte del alma de lo que había sido la izquierda desapareció en esos conflictos y aún no ha reaparecido. Se perdieron fundamentalmente todos aquellos que olvidaron que, sin un radical compromiso con los principios democráticos, libertarios, igualitarios, no hay proyecto social que merezca la pena.